

POEMA

Todo te amaba: la silenciosa senectud de mi Dios,
Las horas que zumbaban en volandas,
La luz fría del esfuerzo constante en mí mismo,
El trágico murmullo de los altos imperios.

Todo te amaba. Todo.
Y luego, juntos buscábamos el rastro perdido de la noche.

Todo te amaba: las palabras como mi voz en tu garganta,
El fresco incienso, como ofensa a tus ojos, machacando mis manos,
Un árbol coronado de dulces retratos ovalados,
Y la sonrisa del pan acariciando tus senos recónditos.

Todo te amaba. Todo.
Y a la vez, matábamos la llama de las miradas perdidas.

Todo te amaba: hasta la muerte rescatándome sin aliento,
Las espigas arrugadas de mis labios,
La humedad de los rincones sin flor ni resabio,
Mi corazón en tanto, puesto en mujeres de fáciles hechizos.

Todo te amaba. Todo.
¿Por qué llenar tu ardiente lecho de aromas remotos?

Todo te amaba: la sangre huyendo de la sangre,
La soledad venciéndome a muerte,
Un arma que corta sin paciencia
O yo mismo tumbado en un río de besos amargos.

Todo te amaba. Todo.
La temprana apariencia del amor,
La ceguera ahogada de las nubes,
La cadencia acompasada de mis versos,
Mi canción de cuna y un pájaro en tu pecho.

Todo te amaba: un lejano amanecer de tu boca,
Las piedras lamidas con denuedo,
El rumoroso aleteo de un alma besándote,
O solo quererte con besos de paloma.

Todo te amaba. Todo, hasta tu corazón de amapola
Perdido en mi frente, perdido en la ausencia, perdido en los sueños:
Tu corazón como una flecha entre los pasos de mis dolores,
Entre ramales de mis entrañas,
Entre el susurro de mis silencios,
Solamente dolorido: con la punta envenenada.

Manuel González-Mohino Espadas